

ción a la medida de su población. Entre emigrantes voluntarios, contratados, deportados políticos y militares no llegaban a 120.000 los franceses establecidos en América en 1763. Esta baja cifra explica que Francia se viera condenada a las penetraciones profundas, exploradoras, a las instalaciones puntuales, que es lo que en realidad fue el Canadá, una instalación puntual a lo largo de un río.

Frente a esta escasa población blanca, la trata francesa proporcionó alrededor de 1,5 millones de esclavos, aunque la cifra real sea más elevada por el contrabando inglés y norteamericano. Llama, por tanto, la atención la acusada desproporción entre la debilidad del flujo de entrada metropolitano y los ingentes flujos de llegada de negros, cuyo destino eran las plantaciones antillanas. ¿Qué queda hoy de Francia en América? Para Meyer, una doble presencia: una directa, en las Antillas, y otra indirecta, la canadiense de origen francés. Esta es hoy una comunidad religiosa y lingüística de gran coherencia, de un gran conformismo social, rechazadora de la civilización industrial contemporánea. Frente al derrumbamiento natalista que amenaza su supervivencia en medio del mundo anglosajón que la rodea, la comunidad francoparlante ha reaccionado con un brote nacionalista que renace continuamente frente a los intentos de la comunidad anglosajona por integrarlos.

Patricio HIDALGO NUCHERA

Josefina OLIVA de COLL (presentación y selección de textos): *Terra ignota. La Geografía de América Latina a través de cronistas de los siglos XVI y XVII*. Ed. Trillas, S. A. 1986. México.

Cuando me llegó la presente obra para su lectura quedé un poco sorprendida y a la vez entusiasmada con su título, por fin se atendía a los contenidos geográficos que encierran los textos de los primeros cronistas de las Indias, quienes recogen no sólo las epopeyas de los descubrimientos, sino que intercalan destacadas páginas sobre cómo aparecían las nuevas tierras halladas al otro lado del Atlántico.

La misma expresión «Terra ignota» refleja este sentir del lector europeo de entonces, ávido de información sobre las tierras descubiertas. Necesidad que traducen los primeros cronistas de Indias, quienes recopilan las informaciones orales o escritas de marinos, descubridores y conquistadores de nuevos paisajes americanos.

Si la primera expresión «Terra ignota» refleja una inquietud del conocimiento «geográfico» de la época, que va recogiendo la autora, el subtítulo «La Geografía de América Latina a través de los siglos XVI y XVII», no resulta tan acertado. Pues, por una parte, América Latina es una expresión de un ámbito geográfico que nace con la independencia de los países americanos, y encierra unas connotaciones, en parte históricas, pero sostenida más tarde por sus características socio-económicas y culturales. Por ello, si al menos hubiera recogido la autora las raíces de estos lazos comunes en los cronistas de los siglos XVI y XVII, la expresión «América Latina» pudiera tener contenido.

Pero no sucede así, pues lo que encierra de América Latina es que se limita a extraer textos sobre lo que hoy denominamos América Central y del Sur. Los textos re-

compilados van ligados a lo que constituía la geografía de la época: «Geografía descriptiva» de los paisajes, como aparece en los capítulos de «El mar», «El clima y los vientos», «Los ríos», «Cordilleras», «Los alimentos terrestres, árboles y frutos», «De animales», o los atisbos de «Geografía astronómica», contenidos en «El comienzo de la aventura», en donde incluye los epígrafes del cielo, la línea equinoccial o la brújula, dejando también una muestra de la «Geografía de los descubrimientos», en el capítulo de «La búsqueda del estrecho y la vuelta al mundo», o los aspectos fantásticos y novedosos, lo que denomina «Curiosidades».

Al centrarse en los siglos XVI y XVII, cuando las áreas descubiertas no cubrían todo el Continente, pero además considerando que la autora ofrece un número mayor de párrafos contenidos en las obras de los más tempranos cronistas, como de las *Décadas* del P. Mártir de Anglería o de la *Historia General y Natural de las Indias* de G. Fernández de Oviedo (ambos de la primera mitad del siglo XVI), se detiene más en las costas centroamericanas y en las islas de las Antillas. Sin embargo, no se preocupa en recoger información de las obras de otros famosos cronistas, como A. de Herrera y Tordesillas o F. López de Gomara, que igualmente nos dan una visión rica y bastante temprana de esta parte de América.

En su afán por acercarse a las primeras descripciones alcanza hasta el primer viaje de Cristóbal Colón, o se detiene en la *Suma de Geografía* de M. Fernández de Enciso para dibujar las costas del Caribe y Antillas. Al recopilar textos sobre Nueva España se apoya, además, en las obras de Fray Toribio de Benavente (Motolinía) y Fray Juan de Torquemada, y para el Yucatán, en las de Fray Diego de Landa. Incluso le dedica un capítulo a las tempranas narraciones sobre México-Tenochtitlán.

Preocupada por la primera época, le concede un lugar destacable a la *Historia moral y natural de las Indias* del P. José Acosta, de la que extrae hasta 16 párrafos de áreas geográficas diversas. Este jesuita, que en sus estancias por América experimentó los errores que se encontraban extendidos en la entonces geografía clásica, sobre todo es un buen ejemplo de lo que constituyó de avance para los conocimientos geográficos el descubrimiento del Continente americano.

Aunque con menos frecuencia nos aparecen textos de Américo Vespucio, recogidos bajo los títulos «El cielo» y el «Nuevo Mundo», en relación por tanto, con la geografía astronómica, otro capítulo importante que supuso para Europa el descubrimiento de América.

Sin pretender realizar con los epígrafes elegidos un recorrido por las distintas regiones americanas, la misma amplitud del área considerada para su análisis le lleva a detenerse en manifestaciones geográficas diversas. Siendo el Cono Sur el que ofrece contenidos menos relevantes, esto se explica porque está volcada en la primera mitad del siglo, cuando todavía existían escasos conocimientos de aquellas tierras.

No obstante, el hallazgo del Estrecho de Magallanes en 1520 le lleva a destacarlo en lo que denomina «La búsqueda del estrecho y la vuelta al Mundo», en donde presenta textos de A. Pigafetta junto a los de otras crónicas generales de América.

También se detiene en el descubrimiento del Río de la Plata, seleccionando un fragmento de la *Relación histórica del Reino de Chile* de Alonso de Ovalle, un cronista chileno, siendo sin embargo más ricas en contenido las crónicas generales de G. Fer-

nández de Oviedo y J. López de Velasco. De esta última, *Geografía y descripción universal de las Indias*, apenas se han seleccionado párrafos, pues sólo encontramos uno a pesar del interés que ofrece para el avance de los conocimientos geográficos de América, quizá por haberla terminado su autor en 1574.

En la descripción del Río de la Plata alcanza hasta *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay (1534-54)* de U. Schmidl, que aunque puede ser considerado el primer cronista del Río de la Plata, en su obra se ocupa de las epopeyas de los conquistadores y apenas de la geografía de los territorios; no recoge textos de *La Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán, que contiene varios capítulos destacables de la hidrografía de aquellos paisajes.

Tampoco ha pretendido seguir ninguna división política; por ello, nos aparecen los Andes como un elemento digno de atención, aunque no compartimentado en las provincias españolas de entonces. No obstante, destaca la descripción climática de los Andes chilenos por Alonso de Ovalle; pero al mismo tiempo, extrae distintos aspectos de los paisajes andinos de la *Historia de los descubrimiento y conquista del Perú* de Agustín de Zárate, o de la *Crónica del Perú* de P. Cieza de León. Pero no se detiene en la descripción que ofrece de los paisajes andinos fray Reginaldo de Lizárraga, quizá porque su obra se terminó en 1610.

Finalmente, se deberá advertir en relación con el subtítulo que sería más adecuada agregar a los cronistas el adjetivo de «españoles». Pues si es verdad que se incorporan algunos nombres extranjeros, como Américo Vespucio, Mártir de Anglería, Pigaffeta o U. Schmidl, todos ellos estuvieron ligados parte de su vida a las expediciones españolas a América. Al mismo tiempo tenemos crónicas de otras naciones europeas; sobre todo destacan las de Brasil, que nos dibujarían una panorámica más completa.

Tampoco quisiera olvidar la cartografía e ilustraciones que contiene la obra, que debido al tamaño del libro y la falta de color hace desmerecer el trabajo de selección que los mismos conllevan. Deteniéndonos brevemente en los mapas, se observa que no siguen una secuencia cronológica de lo que supuso el avance de la cartografía en los siglos analizados. Y así, mientras las ilustraciones son más elocuentes para los contenidos que destaca, no sucede lo mismo con la cartografía, que más bien son ilustraciones vistosas con las distintas deformaciones con que se nos presentan las formas, costas e islas de América en la cartografía temprana.

En conclusión, la obra resulta ambiciosa si realmente se quiere alcanzar la visión de la geografía americana, contenida en las obras de los cronistas durante dos siglos. En primer lugar, porque los mismos contenidos geográficos de la época no favorecen esta ardua empresa. Los conocimientos todavía no se encontraban sistematizados, y querer recoger la dispersión de lo que entonces se llamaba geográfico (astronomía, cartografía, descripciones del medio, formas de vida, etc.) no resulta tarea fácil. Prueba de ello son las escasas publicaciones que hasta el momento tenemos de esta temática.

Pero, además, la amplitud del territorio aquí considerado, con una gran diversidad de medios naturales y de situaciones históricas, nos acentúan aún más el conocimiento de esta página tan memorable, pero a la vez difícil, de la Historia de la Geo-

grafía. Añádase el elevado número de textos de los que se podrían extraer aspectos geográficos, tanto de los autores consultados en la obra como de otros cronistas generales y regionales del continente, que no han sido objeto de atención. O incluso las de otras naciones europeas que también participaron en la conquista de América.

No obstante, es una primera tentativa loable que quiere buscar en los cronistas contenidos geográficos de la época, aunque hubiera sido menos comprometido el haber atendido un período histórico más corto, o bien a un área más concreta de América.

Todas estas circunstancias debieron estar presentes en la selección de capítulos y textos de la autora; por ello, se han tomado sólo algunos aspectos de la geografía que se pueden encontrar en las obras de los cronistas. Pero se echa de menos el que no explique los criterios de selección de los capítulos y epígrafes, que deberían ir como introducción a los mismos, lo que conduce al lector a tener que sacar conclusiones de los textos seleccionados que la misma dispersión de los autores y áreas más bien entorpece.

Quizá no ha pretendido con esta selección sacar conclusiones, sino algo más sencillo: llamar la atención del lector de cómo veían destacados cronistas algunos elementos geográficos de los paisajes americanos cuando se descubren por primera vez. Se deja entrever lo que inquietaba entonces a los que los escribieron; para unos, la disconformidad con lo hasta entonces conocido y aceptado en los conocimientos geográficos; para otros, lo espectacular de su geografía física (volcanes, terremotos, grandes ríos, nuevas plantas y animales, etc.), o los primeros intentos para ordenar tan variados medios geográficos. Todo ello metido en un marco de epígrafes y párrafos afines, siguiendo una directriz de «contenidos geográficos» del medio natural.

Carmen MARTÍNEZ MARTÍN

Buenaventura DELGADO CRIADO (coordinador). *Historia de la educación en España y América*, vol. 2: *La educación en la España moderna (siglos XVI-XVIII)*. Madrid, Fundación Santa María & Ediciones SM, 1993. 991 pp. ISBN 84-7112-376-2.

Útil y necesaria esta publicación dirigida por Buenaventura Delgado Criado, catedrático de Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona, que ofrece una visión general del quehacer educativo en España y sus colonias de América durante la Edad Moderna. Un conjunto de 44 autores españoles y extranjeros han reunido su esfuerzo para dar forma a esta obra, que constituye no sólo un valioso compendio para los lectores no especializados, sino también una guía provechosa para los investigadores concentrados en la materia. Como ocurre casi inevitablemente en esta clase de repertorios, las aportaciones de los colaboradores suelen ser desiguales en extensión y contenido, y el esquema adoptado para la obra —con una división tripartita correspondiente a los siglos XVI, XVII y XVIII— genera frecuentes repeticiones y una falta de continuidad en la lectura.